

Vol. XXVIII—Abril de 1933—No. 273

REVISTA  
del  
COLEGIO MAYOR  
de  
Nuestra Señora del Rosario

---

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura

D. D. J. V. Castro Silva



*Nova et vetera*

BOGOTÁ—MCMXXXIII

IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 7.<sup>a</sup>, NÚM. 14-60

Lisandro Franco B.

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Abril de 1933

### ELEGÍA BREVE

Desde la torre que sobre la nave del santuario semeja un mástil levado hacia el Oriente, las campanas iniciaron, lúgubres, el concertante del dolor: aquellos dobles, sílabas de la eternidad, volaron sobre el Claustro como palomas congregadas para decirnos el mensaje luctuoso. Un vasto silencio de ausencia fuese dilatando en círculos concéntricos cada vez más amplios, hasta perderse en las calles bulliciosas, orillas en el espacio de esta Casa sin confines en el tiempo.

Entre la segunda familia de Alfonso (su familia del Colegio Mayor) el relato de su muerte fue una ráfaga erizada que entrecortó el aliento e infundió en los espíritus meditaciones más útiles al propio perfeccionamiento que las más esforzadas enseñanzas. Sobre modo dolorosa es la muerte cuando la vida se extingue en el auge de sus potencias, dejando en pos de sí mayor copia de sorpresa y suma de llanto; ante la agonía del hermano que vemos expirar de cerca sentimos una emoción más íntima que ante la muerte sabida a través del telegrama breve o la razón tardía . . . Y Alfonso había acabado de cerrar los mismos libros que nosotros tenemos abiertos: esperándolo estábamos para contarle, desde la última señal por él dejada en su texto, el número de lecciones corridas durante la enfermedad que traicionó nuestros cálculos fraternos.

En la tarde del viernes, su cuerpo fue traído, desde la Clínica de San José, mecido en el vaivén de nuestros hombros, y en el recinto de la capilla familiar, puesto en cámara ardiente, recibió los homenajes póstumos debidos al hijo de este solar donde cada uno es emperador de los demás por serlo de sí mismo y donde la admiración es mutua porque cada uno es admirable

## CONTENIDO

HISTORIA Y LITERATURA:	Págs.
<i>Elegia breve</i> , por Jesús Estrada Monsalve.....	147
<i>Alfonso Sarmiento</i> , por Antonio Moreno Mosquera.	149
<i>Sobre la Oda de Fray Luis de León a Francisco Salinas</i> , por Ramón Salazar Santofimio.....	150
<i>El Edificio de la Gran Exposición Nacional (Historia de El Hospicio)</i> , por Arturo Quijano.....	165
<i>Santa María La Antigua es la Benefactora de la Raza</i> , por Norberto U. Lozano, Presbítero.....	177
<i>Sobre el discurso de la Edad de Oro (Don Quijote, Capítulo XI)</i> , por Benjamín Mera S....	187
<i>Crónica del Colegio</i> , por Alfredo Delgado P.....	203

en algún dón del Espíritu Santo. Decenas fraternales alternaron durante la noche al pie del cadáver que enfriaban, a través de la sábana ceñida, los hielos de árticas regiones ignotas.

En la mañana del sábado, porque la tumba nos regateaba el término, nos dispusimos para acompañarlo hacia la tierra, madre feraz que restituye en haz de símbolos rituales la ofrenda otoñal de nuestros muertos. El Rector y el Vicerrector, que hoy no son amos en la sede sino padres en el hogar y habían sido en torno de la enfermedad de Alfonso trasunto de ternuras ausentes, son ahora, en ejercicio de su ministerio, ante el féretro, dos columnas de Dios erguidas sobre su propio quebranto para entonar el **Dies Irae**, de misteriosa grandeza. Sobre la juventud inerte de Alfonso ciérnese nuestra emoción en ondas de música sagrada que abren espacios de luz sempiterna a nuestro espíritu.

Con los postreros cánticos que del coro bajaban a las almas como acordes de la bienaventuranza, fue el empezar nuestro desfile hacia el final reposo del hermano. Los ojos de las gentes se dilataron ante aquella marcha que en su grave lentitud retardaba en vano la consumación de la distancia; sin despliegue de fuerza armada, ni corcel de guerra que registrara, solemne, en el asfalto la postrera página de una vida hazañosa, ni bandera de la patria abatida en el asta, ni estampido que sincronizara las horas como en la inhumación de los héroes, sin embargo en la urbe flotaba la sospecha de que alguna suprema manifestación del espíritu se cumplía entre aquel cortejo de juventud atribulada: grupos dolientes de mozos uniformados llevaban sendas coronas con cintas que rezaban el nombre de la República: un hermano había muerto en esta sucesión interminable de generaciones colombianas que se llama la familia rosarista.

Duro fue aquel trayecto, de la Casa al cementerio, en que cada memoria se esforzaba con inútil empeño, por captar la última sonrisa del hermano..... Súbitamente, unos cuartos de adobe, con arena y cal entrelazados, cerraron el sepulcro, mientras el Rector conmovidamente oraba:

**Lux perpetua luceat ei.**

JESÚS ESTRADA MONSALVE.

Rosario | Histórico